

de la fé y los poderosos motivos de gratitud, por nuestra parte hácia aquel Señor que tanto nos ama, y de cuyo amor nos ha dado pruebas tan grandes cual ningun hermano, ningun hijo, ningun amante, ningun esposo dió ni dará nunca para ostentar su cariño al objeto de su amor. Siendo tanto mas dignas de admirarse las demostraciones afectuosas de Jesus hácia nosotros, quanto excede nuestro generoso amante á los demas, quienes quiera que ellos sean. Jesus murió afrentosamente por quien le habia ofendido, por quien se habia rebelado contra él, por el hombre que ingrato á quien le crió y colmó de bienes, quiso disputarle, negarle su soberanía, y hacerse, cuando menos, igual á él. Todo esto, cristianos debemos tener en cuenta para admirar, celebrar y agradecer el inefable beneficio de la redencion efectuada por Jesus, por el Hijo de la sin-igual Maria Virgen y Madre de Dios. Inapreciable es por cierto el beneficio de la creacion. ¿Pero quién podrá apreciar cual se merece el de la redencion? Solamente el eterno Padre y quien á él es igual. Los ángeles, los arcángeles, los serafines, los querubines, los coros, las dominaciones, todas las criaturas juntas, tanto celestes como terrestres pueden sí, admirarle, pero solo Dios es el que puede comprenderle. Y á nosotros los cristianos nos toca creerle. Y lo creemos firmemente porque Dios lo ha revelado, y la santa Iglesia nos lo enseña. Nos enseña que quien padeció y murió con el nombre de Jesus, era el Verbo eterno humanado; nos enseña, que era el Mesías prometido: nos enseña que era el deseado de las gentes, el mismo que allá al origen de haber mundo, en el principio de los tiempos, á poco de haber sido criado el primer hombre, cuando se le intimó la sentencia que por su culpa mereció, se dejó entrever, se dejó sentir: aquel que sin dejar de ser justo ostentó su misericordia infinita. Esto es lo que nos enseña la Iglesia porque así Dios se lo ha revelado, y esto es lo que los católicos creemos y nos gloriamos de creer. Jesus, el Mesías verdadero padeció y murió en una cruz por salvarnos. Sobre este asunto va á girar mi discurso. Para que yo lo haga con el debido acierto, necesito, etc.

Llegada que fué la hora de dar principio Jesus á su pasion dolorosísima, sin esperar á concluir la instructiva á par que tiernísima oracion que ante sus discípulos habia comenzado en el lugar mismo que habia tenido su última cena, al llegar á estas palabras: «A fin de que conozca el mundo que yo amo á mi Padre, y que cumplo con lo que me ha mandado.... añadió: Levantaos, y vamos de aquí.» Levantáronse todos con efecto y se pusieron en camino del monte de las olivas, que era á donde nuestro amantísimo Redentor acostumbraba ir á orar. Por el camino entre otras muchas cosas, que el tiempo no permite referir, decia á su

discípulos. Yo soy la vid verdadera (1) y mi Padre es el labrador. Todo sarmiento que en mí, que soy la vid, no lleva fruto, le cortará; y á todo aquel que diere fruto, le podará para que dé mas fruto.... Permaneced en mí, que yo permaneceré en vosotros.... Quien está pues conmigo y yo con él, ese dá mucho fruto; porque sin mí, nada podeis hacer. El que no permanece en mí, será echado fuera, como el sarmiento inútil, y se secará, y le cogerán y arrojarán al fuego, y arderá. Al contrario, si permanecéis en mí, y mis palabras permanecen en vosotros, pediréis lo que quisieréis; y se os otorgará. Al modo que mi padre me amó, así os he amado yo. Perseverad en mi amor.... Estas cosas os he dicho á fin de que observándolas fielmente, os goceis con el gozo mio, y vuestro gozo sea completo. El precepto mio es: que os améis unos á otros, como yo os he amado á vosotros. Que nadie tiene amor mas grande, que el que da su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si haceis lo que yo os mando.... Si el mundo os aborrece, sabed que primero que á vosotros, me aborreció á mí. Si fuerais del mundo, el mundo os amaria como cosa suya, pero como no sois del mundo, por eso os aborrece. Acordaos de aquella sentencia mia, que ya os dije: No es el siervo mayor que su amo. Si me han perseguido á mí, también os han de perseguir á vosotros.... Estas cosas (2) os las he dicho para que no os escandaliceis ni os turbeis. Os echarán de las sinagogas; y aun va á venir tiempo en que quien os matare, se persuada hacer un obsequio á Dios.... Yo os he advertido estas cosas, con el fin de que cuando llegue la hora, os acordeis de que ya os las habia anunciado.... Mucho mas tengo que deciros: mas por ahora no podeis comprenderlo.... Dentro de poco ya no me vereis; mas poco despues, en resucitando, me volvereis á ver.... En verdad, en verdad os digo que vosotros llorareis y plañireis, mientras el mundo se regocijará: os contristareis; pero vuestra tristeza se convertirá en gozo.... Digéronle sus discípulos. Ahora si que hablas claro, y no en proverbios. Ahora conocemos, Señor, que todo lo sabes, y no has menester que nadie te haga preguntas: por donde conocemos que has salido de Dios. Y Jesus les respondió: ¿Y qué, vosotros ahora creéis? Pues sabed que viene el tiempo, y ya llegó, en que sereis esparcidos; y cada uno de vosotros se irá por su lado, y me dejareis solo.... En el mundo tendreis grandes tribulaciones; pero tened confianza. Yo he vencido al mundo.... y con el mérito de mi muerte le vencereis también vosotros.

(1) S. Juan, cap. 15, v. 1 y siguientes.

(2) Id., cap. 16, v. 1 y siguientes.

Pronunciadas estas palabras levantó Jesús los ojos al cielo y rogó al eterno Padre por sí mismo, después por sus apóstoles, y últimamente por todos los que en él habían de creer. Padre mio, dijo (1): la hora es llegada: glorifica á tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique á tí.... Yo he manifestado tu nombre á los hombres que me has dado *entresacados* del mundo. Ahora han conocido que todo lo que me diste viene de tí.... y han creído que tú eres el que me has enviado. Por ellos ruego yo *ahora*; no ruego por el mundo, *esto es, por los que viven segun la concupiscencia y doctrina del mundo*, sino por estos que me distes, porque tuyos son. No te pido que los saques del mundo, sino que los preserves del mal. Ellos ya no son del mundo, como ni yo tampoco soy del mundo. Santificalos, pues, en la verdad... Asi como tú me has enviado al mundo, asi yo tambien los he enviado á ellos al mundo. Y yo por amor de ellos me santifico, *me ofrezco por victima* á mí mismo, con el fin de que ellos sean en verdad santificados. Pero no ruego solamente por estos *mis discípulos*, sino tambien por aquellos que han de creer en mí, por medio de su predicacion. Ruego que todos sean una misma cosa, y que como tú, ó Padre, estás en mí y yo en tí: asimismo sean ellos una misma cosa en nosotros, *por union de amor*, para que crea el mundo que tú me has enviado.... O Padre, yo deseo *ardientemente* que aquellos que tu me has dado, esten conmigo allí mismo donde yo estoy; para que contemplan mi gloria.... Yo por mi parte les he dado y daré á conocer tu nombre para que el amor conquie me amaste, en ellos esté, y yo mismo esté en ellos.» Decidme, cristianos, aunque el orador mas elocuente quisiera daros una idea, del amor de Jesús hácia nosotros: ¿podría hallar espresiones mas tiernas, mas dulces y afectuosas que las de que el mismo Jesús Redentor nuestro usó en la oracion que acabais de oír? ¿Será exageracion decir que jamas hubo ni habrá en el mundo amante mas fino, y generoso, que lo es Jesús de nuestras almas? ¿Y para qué? *Para que estemos con él allí mismo donde él está y contemplemos y gocemos* de su gloria. ¡Gloria completísimamente! ¡Gloria eterna! ¡Bendita sea por siempre la misericordia y amor de Jesús! ¡Alábenle y bendigánle todas las criaturas! Sigamos, mis amados, las huellas del Hijo de Dios humanado y veamos lo que por nosotros hace después de la enunciada oracion.

Acto continuo, nos dice san Juan Evangelista, *uno de los testigos de vista de las obras de nuestro Salvador*, marchó Jesús con sus discípulos á la otra parte del torrente Cedrón (2). Pasado el torrente subió al monte

(1) *Id.*, cap. 17, v. 1 y siguientes.

(2) *S. Juan*, cap. 18, v. 1.

de las Olivas que estaba no muy distante de la ciudad, y de allí pasó á una especie de granja llamada Getsemaní, y dijo á sus discípulos: Sentáos aquí (1), mientras yo voy mas allá y hago oracion. Y llevándose consigo á Pedro y á los dos hijos del Zebedeo, *Santiago y Juan*, empezó á entristecerse y angustiarse. Y les dijo: Mi alma siente angustias mortales: aguardad aquí y velad conmigo. Y adelantándose algunos pasos se postró en tierra caído sobre su rostro, orando y diciendo: Padre mio, si es posible, no me hagas beber este cáliz; pero no obstante no se haga lo que yo quiero, sino lo que tú. Volvió después á sus discípulos, y los halló dormidos, y dijo á Pedro: ¿Es posible que no hayais podido velar una hora conmigo? Velad y orad para no caer en la tentacion.... Volvióse de nuevo por segunda vez, y oró diciendo: Padre mio, si no puede pasar este cáliz sin que yo le beba, hágase tu voluntad. Dió después otra vuelta y los encontró dormidos *tambien como la vez primera*. Nada les dijo, les dejó, y se retiró á orar por tercera vez, repitiendo las mismas palabras *que antes*. En seguida volvió á sus discípulos y les dijo: Dormid ahora y descansad. *Pero no: basta*, que llegó ya la hora, y el hijo del hombre va muy luego á ser entregado en manos de los pecadores. Ea, levantaos, vamos; que ya llega aquel que me ha de entregar. Aun no habia acabado de decir esto, cuando llegó Judas, uno de los doce apóstoles, seguido de gran multitud de gentes armadas con espadas y palos, que venian enviadas por los príncipes de los sacerdotes y ancianos ó *senadores* del pueblo. El traidor les habia dado esta seña: aquél á quien yo versare, ese es, aseguradlo. Arrimándose luego á Jesús, dijo: Dios te guarde, Maestro; y lo besó. Jesús le dijo: O amigo, ¿á qué has venido aquí? Entonces se llegaron los demás, y saliéndoles al encuentro el Señor, les dijo (2): ¿A quién buscáis? Respondieronle á Jesús Nazareno. Jesús les dijo: Yo soy. Estaba tambien entre ellos Judas, el que le entregaba. Apenas, pues, les dijo: Yo soy, retrocedieron todos y cayeron en tierra. *Levantáronse cuando el Señor se lo permitió*, y segunda vez les preguntó: ¿A quién buscáis? Y ellos *volvieron* á responder: A Jesús Nazareno. Ya os he dicho que Yo soy: Replicó Jesús. Ahora bien, *añadió*, si me buscáis á mí, dejad ir á estos, *señalando á sus discípulos: como con efecto los dejaron*, cumpliéndose así la palabra que *poco antes* habia dicho: ¡O Padre ninguno he perdido de los que tú me diste.

Desde luego habreis notado, cristianos, los efectos que causó la sola palabra de Jesús en todos sus enemigos. Sin mas que pronunciar:

(1) *San Mateo*, cap. 26, vv. XXXVI y siguientes.

(2) *San Juan*, cap. 18, vv. IV y sigs.

Yo soy; todos cayeron en tierra incluso el pérfido discípulo Judas: quiso Jesucristo hacer así ostentación de su divino poder en las críticas circunstancias, y á presencia y con sufrimiento de tanta gente, para que en todo tiempo constara que no por fuerza sino por voluntad se entregaba á la muerte. Con la facilidad que á todos derribó en tierra, hubiera podido hacerlos quedar muertos. *Pero en este caso, ¿cómo se cumplirían las Escrituras (1), según las cuales, convenia que Jesús (2) no dejara de beber el cáliz de amargura que su padre le dió? Verdad es que en tanto las Escrituras así lo tenían dispuesto, en cuanto así el mismo Dios las inspiró á los profetas; y he aquí, mis amados, como más y más resalta el amor que Dios nos tuvo y sus deseos de salvarnos. Desde el principio resolvió el Hijo del Eterno Padre, padecer y morir por nosotros; así se lo hizo entender á los profetas; así estos lo escribieron, y como lo entendieron y escribieron, al pié de la letra se cumplió. Continuemos la historia de nuestro divino Redentor, según que los sagrados Evangelistas nos la refieren, y nos convenceremos cada vez más de la enunciada verdad.*

«En aquella hora, dice san Mateo (3) *esto es, en seguida de mandarlos levantar* dijo Jesús á aquel tropel de gentes. Como contra un ladrón ó asesino habeis salido con espadas y con palos á prenderme: cada día estaba sentado entre vosotros enseñando en el templo, y nunca me prendisteis: pero es necesario (4) que se cumplan las escrituras. *Al oír esto*, sus discípulos le abandonaron, todos huyeron. Entonces la cohorte ó compañía de soldados y el tribuno ó comandante (5), y los ministros de los judíos prendieron á Jesús y le ataron. De allí le condujeron primeramente á casa de Anás; porque era suegro de Caifás, que era Sumo Pontífice aquel año.» Después de interrogado *ilegitimamente*, abofeteado y de mil modos atormentado el inocentísimo Jesús, fué conducido sin quitarle las ataduras á casa de Caifás, en donde estaba Simon Pedro calentándose con los soldados, en expectativa de lo que hicieran con su Maestro. Mas conocido por los soldados, y preguntado por los mismos si era discípulo de aquel hombre: él lo negó por tres veces, hasta con juramento, cumpliéndose así la predicción de Jesús, al manifestarse Pedro tan valiente y confiado. ¡Lección terrible! que los cristianos siempre deberamos tener presente, para desconfiar de nosotros, y poner nuestra confianza en Dios, dador único de todo bien.

(1) S. Mat., cap. 26, v. LIV.

(2) S. Juan, 18, v. XI.

(3) Cap. 26, vv. LV, y LVI.

(4) S. Marc., cap. 14, vv. II y L.

(5) S. Juan, cap. 18, v. XII y siguientes.

Puesto Jesús en presencia de Caifás, cual reo ante un competente juez, ufano y orgulloso este, le preguntó sobre sus discípulos y doctrina (1). A lo que respondió Jesús. Yo he predicado públicamente delante de todo el mundo.... y nada he hablado en secreto.... Pregunta, pues, á los que han oído lo que yo les he enseñado; pues estos saben cuales cosas haya dicho yo....» Entonces mandó el sacrilego juez que depusiesen contra el Señor los testigos que de antemano así Caifás como sus compañeros tenían preparados con el fin de que deponiendo altamente contra él, por falso que fuera, pudieran tener los sacerdotes y ancianos un pretexto para condenar á Jesús á muerte, que era lo que deseaban. Mas los testigos estuvieron tan torpes, que á pesar de ser muchos, y allagados por los mismos jueces, no pudieron entre todos formular una deposición regular para apoyarse en ella los jueces, y condenarle. Unos á otros se contradecían, y en sustancia nada acertaron á declarar contra Jesús. Así es, que el Señor nada quiso responder para defenderse, estando como estaba tan patente la contradicción de los testigos. Indignado sobre manera Caifás, al ver que no conseguía su intento, pero disimulando ó cubriendo su enojo con el velo de la hipocresía, simulando ser el celo de la honra y gloria de Dios quien le estimulaba á proceder de aquel modo, dirigiéndose á Jesús le dijo (2): Yo te conjuro de parte de Dios vivo, que nos digas si tú eres el Cristo ó Mesías, el Hijo de Dios. Jesús respondió *inmediatamente por respeto á su eterno Padre*: tú lo has dicho: *yo soy*. Y aun os declaro, que vereis después á este hijo del hombre, que teneis delante, sentado á la diestra de la magestad de Dios, venir sobre las nubes del cielo. A tal respuesta Caifás rasgó sus vestiduras diciendo. Ha blasfemado: ¿qué necesidad tenemos ya de testigos? Vosotros mismos acabais de oír la blasfemia. ¿Qué os parece? Reo es de muerte, respondieron todos. Y luego empezaron á escupirle en la cara y á maltratarle á puñadas: y otros, *después de haberle vendado los ojos*, le daban bofetadas, diciendo: Cristo, profetízanos, *adivina* ¿quién es el que te ha herido? Y repetían (3) otros muchos dicerios contra él. Fatigados los judíos de atormentar á Jesús, le desvendaron. Y volviéndose el Señor, dirigió una mirada á Pedro, y Pedro se acordó luego de la palabra que el Señor le había dicho: Antes que cante el gallo, tres veces me negarás. Así que deshecho su corazón de pesar, se salió fuera y lloró amargamente pidiendo á Dios perdón. Venida la mañana (4) todos los príncipes de los

(1) S. Juan, cap. 18, vv. XIX y XX.

(2) S. Mat., cap. 26, v. LXIII y siguientes.

(3) S. Luc., cap. 22, v. LXV.

(4) S. Mateo, cap. 27, v. 1 y siguientes.